

1

Tópicos, realidades y desafíos políticos de África: A modo de introducción¹

Jan Joost Teunissen

Al fin y al cabo el mundo está lleno de ideas preconcebidas, e incluso algunas de ellas se reafirman cuando la realidad demuestra que son falsas. Tópicos bien conocidos de África como por ejemplo: “Los africanos deberían dejar de echar la culpa a otros de sus problemas económicos y poner en orden su casa”; “inyectar más dinero en África es inútil y únicamente prolongaría su dependencia de la ayuda exterior”; ¿Son ciertos estos clichés? ¿Son tópicos falsos? Al margen de lo que se piense acerca de ellos, puedan provocar un efecto muy negativo: evitar que los gobiernos de Occidente hagan lo conveniente y con modestia: contribuir a que la ayuda a los gobiernos africanos sea más efectiva para acabar con el sufrimiento de la población africana.

Debo confesar que yo mismo abrigo algunas ideas preconcebidas acerca de África, entre las cuales se encuentra la siguiente: transformar África a nuestra semejanza, convertirla en modelo capitalista, o de lo contrario no podrán competir con nosotros en la esfera económica ni política. Al mismo tiempo me resisto a esta idea porque me inquietan las consecuencias y tendencias negativas de nuestras sociedades capitalistas que no me gustaría ver traspasadas a las sociedades africanas. Aunque será difícil parar este proceso.

Este libro se adentra a fondo en un gran número de retos y limitaciones económicas con los que África se está enfrentando. Dichos retos se extienden desde el espectro nacional al regional, yendo desde la

¹ Traducción de Blanca Vázquez Fernández y Tenedor Rodríguez Perdomo, con la colaboración de Adriana Bulnes Nuñez y Jan Joost Teunissen.

mejora de las infraestructuras y el sector financiero hasta los desafíos internacionales dentro de la esfera comercial y financiera. Todos los capítulos desafían los tópicos sobre el desarrollo de África y aportan ideas valiosas como superar las limitaciones.

Limitaciones internas y externas al desarrollo

En el siguiente capítulo, Wing Thye Woo, Gondon McCord y Jeffrey Sachs desafían algunos de los clichés económicos que muchos de los diseñadores de política occidentales y economistas del *mainstream* mantienen acerca de África. El principal tópico que Woo y sus colegas estudian es la pretensión del llamado Consenso de Washington por el que la pobreza y los problemas de desarrollo de África son culpa de la “mala administración a nivel macroeconómico” así como de un “desastroso gobierno”. “Muchos estados de África están bien gobernados”, según Woo *et al.*, “y sin embargo siguen atrapados en la pobreza. El problema en sí no es de gobierno, ya que los límites al desarrollo de África constituyen una dificultad más profunda”.

Encuentro admirable que Andrés Solimano (Capítulo 3º), quién ha formado parte del Banco Mundial durante diez años, apruebe los críticos puntos de vista de Woo, Sachs y McCord sobre el Consenso de Washington. Esto saca a la luz otra idea preconcebida muy manida: que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional son instituciones monolíticas que no permiten la diversidad de opiniones, lo cual es falso. Solimano no sólo está de acuerdo en que el Consenso de Washington, en su versión original, ignora la importancia de las instituciones, los conflictos sociales y la política a seguir, sino que respalda un apartado fundamental de Woo *et al.*: la labor del gobierno o autoridad no es una variable externa a la transformación económica. “Muy al contrario”, dice Solimano, “la calidad del gobierno depende, en sí mismo, del resultado del nivel de desarrollo de un país.² En esta línea, la tradicional causalidad asumida por la tarea del gobierno de cara al desarrollo debe ser transformada en causalidad que vaya del desarrollo a la labor gubernamental”.

Efectivamente, uno de los argumentos centrales de Woo, Sachs y McCord es que un buen gobierno no depende tanto de la idiosincrasia de un pueblo sino de la disponibilidad de suficientes recursos para

² Sin embargo lo contrario no necesariamente es cierto. Desde mi punto de vista, un alto nivel de desarrollo no garantiza el mejor gobierno.

pagar salarios razonables a buenos profesionales, añadiendo a esto la necesidad de diseñar e implementar libremente políticas de desarrollo en África. Es en este punto donde vemos otra barrera para una buena labor política en el África subsahariana: las condiciones impuestas a los gobernantes africanos por lo países occidentales donantes e instituciones internacionales tales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Aunque el FMI, el Banco Mundial y los países donantes sostienen que no interfieren en el diseño de las políticas africanas, o que si lo hacen es con las mejores intenciones, la realidad es bien otra, interfieren y no siempre con buenas (digamos altruistas) intenciones. Como consecuencia no sorprende que observadores bien informados, como Matthew Martin (Capítulo 17), aboguen por acabar con esta práctica de limitar el espacio y la libertad de los países africanos en el diseño de sus políticas. “En términos de política económica”, dice Martin, “la mayor limitación para la mayoría de los países africanos es el excesivo condicionamiento... Otro problema lo constituye el hecho de que las estructuras macroeconómicas restrictivas impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) no proporcionan suficiente ‘espacio fiscal’ para absorber la ayuda externa en cantidades necesarias para hacer frente a los Objetivos del Milenio para el Desarrollo (OMD).”

Las dificultades y limitaciones para el éxito del desarrollo en África es un tema recurrente a lo largo de este libro. Los autores que participan reconocen que estas limitaciones o restricciones son tanto de naturaleza doméstica como internacional. Cuando les invité a preparar sus presentaciones con vistas a una conferencia convocada en Sudáfrica, les pedí especialmente remarcar las limitaciones internacionales. En ningún caso significa esto que yo, ni los autores participantes, pensemos que las restricciones domesticas no tengan su importancia. Son importantes porque así lo reconocen las autoridades públicas y privadas al igual que la sociedad civil de los países africanos. La principal razón por la que invité a estos autores a centrarse en las limitaciones internacionales es que los diseñadores de políticas de todo el mundo están de acuerdo con el compromiso de incrementar su ayuda a África y conseguir que este continente aflore de su “cepo de pobreza”.

Los Objetivos del Milenio para el Desarrollo (OMD) y la “trampa de pobreza” de África

El concepto de “trampa o cepo de pobreza” (ser demasiado pobre para salir de la pobreza) se despliega de manera destacada en el capítulo de

Woo *et al.* y es la base del llamamiento a los gobiernos de los países occidentales con el fin de apoyar en su totalidad los Objetivos del Milenio para el Desarrollo como medio para sacar a África del pozo de la pobreza en el que se encuentra.

“Lo que se necesita es una “gran inyección” en la inversión pública para dar un gran paso adelante en el aprovechamiento de la productividad, tanto rural como urbana, subyacente en África. Las donaciones externas serán cruciales para conseguir esta sustancial mejoría”, afirman Woo, Sachs y McCord.

Algunos de los autores de este libro plantean interrogantes sobre lo conveniente y oportuno de los OMD. Yonghyup Oh (Capítulo 4) ve dos problemas. Primero vislumbra los OMD como una mezcla de una mayor intervención extranjera, aumento del dinero externo y un enfoque más amplio, del piso alto a los cimientos, con lo que se corre el riesgo de privar a los destinatarios de independencia. Segundo, siendo el centro de interés de los OMD la construcción de infraestructuras para proporcionar más servicios públicos (desarrollo de la población, protección ambiental) resulta evidente que surgirá un problema de financiación a partir del año 2015, fecha tope para alcanzar dichos objetivos. ¿Cómo conseguirán asentarse los éxitos de los OMD después de dicha fecha? “La idea no consiste en que los países donantes continúen proporcionando fondos”, comenta Oh. “El hecho es que se prevé un descenso de las entradas de Asistencia Oficial para Desarrollo (AOD) después del año 2015; siendo el principal propósito de los OMD el crear bienes públicos, no se generará flujos de efectivo suficientes para producir, a su vez, más riqueza y más bienes.”

Roy Culpeper, quién reconoce la importancia de los OMD como un compromiso político global, observa, no obstante, que “cuesta creer que son la base adecuada para la cooperación internacional al desarrollo”. Culpeper mantiene que el cumplimiento para el año 2015 de, por ejemplo, el primer objetivo de los OMD de acabar con al menos el 50% de la población que vive con un dólar o menos al día, es insatisfactorio. “Incluso aunque en lugar del 50% se consiguiera el 100% del objetivo impuesto, es decir, que nadie tuviera que vivir con un dólar al día en el año 2015, nos preguntamos qué clase de éxito indica esto realmente. Si aún existe un 40% o 50% de la humanidad luchando por subsistir con uno o dos dólares al día, desde mi punto de vista éste no es un éxito. OMD-1 no es sólo un objetivo bastante modesto; se podría decir que es totalmente inadecuado.”

Más crítico aún con los OMD es Percy Mistry, economista hindú e

inversor de banca quién ha colaborado en numeras publicaciones de FONDAD. Mistry escribió recientemente un artículo en el cual califica los OMD de objetivos muy loables, aunque como objetivos de desarrollo hagan dudar de su credibilidad. “Los OMD son, en realidad, objetivos para la reducción de la pobreza que tiene poco que ver con el fomento al desarrollo”.³

En su artículo, Mistry sostiene que desde su independencia, la historia de África ha sido la del constante fracaso en su desarrollo. La ayuda a este continente no ha dado resultado porque el capital humano, social e institucional – no así el capital financiero – muestran limitaciones vinculantes. Sin embargo, doblar la ayuda a África como solución resulta muy cuestionable. La actual obsesión de la comunidad donante para con los OMD puede incluso dañar más que ayudar al desarrollo de África puesto que la asistencia continuada daña la psique y retrasa de manera sutil, o incluso sin delicadeza alguna, las capacidades de sus destinatarios. Para desarrollarse (como el caso de India y China), África necesitará estar conectada a la economía global desafiando hasta el límite la imaginación de los africanos y la de sus donantes. África necesitará una gran inyección de capital extranjero y conocimiento práctico para conectarse con la economía global de manera productiva. El capital humano que África necesita tendrá que llegar, mayormente, del mundo en desarrollo, especialmente de China, India y otros países emergentes o en vías de desarrollo como Asia y Latinoamérica. “Se requerirá, en breve, de una gran corriente migratoria de todo tipo, que diversifique, ensanche, establezca, e incremente la restringida base de recursos humanos africana”, afirma Mistry.

Woo *et al.* disienten con la visión de Mistry. Ellos argumentan que el primer paso para el crecimiento por medio de la llegada de inmigrantes funcionó en Australia, Nueva Zelanda, Canadá y Estados Unidos, pero con seguridad no ha sido el factor que estimuló el crecimiento de la economía del Este asiático en la segunda mitad del siglo XX. “La cuestión no es que los africanos sean incapaces de aprender; el problema está en que la paupérrima economía africana ni siquiera puede permitirse el lujo de ofrecer a su población la educación primaria

³ Mistry, Percy S., “Reasons for Sub-Saharan Africa’s Development Deficit that the Comisión for Africa Did Not Consider” (Las razones del déficit del desarrollo del África subsahariana que la Comisión para África no tuvo en cuenta), en: *African Affairs*, Vol. 104, No. 417, pp. 665-678, Septiembre 2005.

básica. La capacidad de reconstruirse y crecer es la clave para África, no la migración masiva.”

Los retos al desarrollo del sector financiero

Varios autores colaboradores de este libro analizan un gran número de limitaciones económicas que impiden el crecimiento y desarrollo del África Subsahariana. Estas limitaciones incluyen el subdesarrollo de los mercados internos de capitales (Brian Kahn, Olu Ajakaiye, y Damon Kitabire, Capítulos 6-8), la falta de infraestructuras nacionales y regionales (Benno Ndulu, Lolette Kritzinger-van Niekerk, Ritva Reinikka y Charles Abuka, Capítulos 9-10), el fracaso de la cooperación económica regional y de integración (Mothae Maruping y Zdeněk Drábek, Capítulos 11-12) y la continua dependencia de la exportación de mercancías cuyos precios y mercados son volátiles y están determinados por las grandes multinacionales de los países ricos (Kamran Kousari, Capítulo 13). Todos los autores analizan estas trabas con la vista puesta en lo que los políticos africanos y otros organismos pueden hacer para superarlas. En esta sección y en las dos siguientes, hago hincapié en los retos que estos autores contribuyentes han identificado tanto a nivel nacional como regional; en la tercera parte, recalco los desafíos que han identificado a un nivel internacional.

Brian Kahn comienza su capítulo mencionando que hay una relación estrecha entre crecimiento económico, por un lado, y el desarrollo del sector financiero por el otro. Observa que los mercados financieros generalmente se expanden cuando la renta per capita aumenta y analiza en particular el papel que pueden jugar los mercados financieros y el mercado de bonos a la hora de reducir la vulnerabilidad externa del África subsahariana, creando a su vez una fuente adicional de movimiento de capital. Teniendo en cuenta que la causa o empeoramiento de las crisis financieras tienen que ver con la debilidad del sistema financiero del país, el desarrollo de un robusto sistema financiero es importante, continua Kahn. Además, el mercado de bonos puede ayudar a financiar el déficit fiscal y puede proveer elementos útiles para una política macroeconómica. La ajustada base tributaria y el aumento en la demanda de infraestructuras y servicios sociales en los territorios subsaharianos dan como resultado un déficit fiscal que necesita ser financiado ya sea a través de préstamos domésticos o externos. La falta de profundidad del sistema financiero del país es un factor coercitivo y es a la larga el resultado de la baja proporción de ahorro en el África subsahariana.

Un tema central en el Capítulo de Kahn es el tema del “pecado original”, que supone la incapacidad de los países en vías de desarrollo para tomar préstamos en el exterior en la moneda doméstica. Esta incapacidad puede resultar en un excesivo endeudamiento externo, lo que produce aún más vulnerabilidad ante una crisis. Kahn reconoce, no obstante, que el crecimiento de los mercados financieros internos no aísla completamente a los países de una crisis internacional de divisas. La amplia participación extranjera en los mercados de bonos internos puede causar vulnerabilidad en la moneda cuando la percepción de riesgo cambia.

Olu Ajakaiye (Capítulo 7) debate el papel del Estado en el desarrollo del sector financiero del África subsahariana. Remarca que una de las grandes lecciones del siglo pasado es que ni los mercados libres ni el control e intervención absoluta del Estado, por separado, pueden mantener un desarrollo sostenible. La premisa, por lo tanto, es asegurar un orden social donde se combinen “el ingenio, el esfuerzo y las iniciativas de los pequeños empresarios y las organizaciones privadas con la intervención, regulación y guía estatal sistemática”. Tal orden social requiere una participación total de todos los implicados, apunta Ajakaiye, es decir, de la comunidad de empresarios, funcionarios del gobierno, políticos, instituciones, sindicatos, y organizaciones civiles. “Tales relaciones de cooperación deberían sustentarse con formales e informales discusiones y asesoramiento en un ambiente de mutuo respeto, sinceridad y persiguiendo fines comunes”.

He citado literalmente las palabras de Ajakaiye porque reflejan una manera de pensar que considero importante para definir el reto que África supone. Hay una tendencia generalizada entre los políticos y economistas de Occidente y África de analizar los problemas de desarrollo y sus desafíos sólo desde el punto de lo que piensan los gobiernos oficiales y empresarios. Ajakaiye parte de este error para enfatizar la necesidad de “una completa participación de todos los jugadores”.

En este Capítulo, Ajakaiye aporta datos precisos que demuestran que el sector financiero, en el Subsahara africano, está muy por detrás del resto del mundo. La influencia del Estado debe ser determinante en el desarrollo del sector financiero, que debe ir más allá de la provisión de un marco de regulación, dice Ajakaiye, ya que esto presupone de principio que el mercado existe. Teniendo en cuenta la escasez y lo poco desarrollados que se encuentran los mercados de capital en el Subsahara, es un requerimiento primordial reconocer que el predomi-

nio de este estado minimalista debe cambiar. Muy al contrario los gobiernos deberían detentar tres cometidos bien interrelacionados: crear un ambiente apropiado para el correcto desenvolvimiento de todos los agentes económicos; mover fronteras invirtiendo en actividades que son o muy arriesgadas o muy costosas para los empresarios privados; e iniciar las actividades necesarias para promover el desarrollo de espacios que permanecen estériles, así como la creación de compañías estatales necesarias. Por ejemplo, aquellos estados que emergen de una guerra o aquellos estados que no tienen nada que privatizar no deberían ser imposibilitados por el actual paradigma de desarrollo de crear empresas públicas útiles.

Después de leer lo anterior, el pensar que Ajakaiye sea un desfasado defensor del intervencionismo del Estado, es erróneo. Sino escuchen lo que dice acerca de la intromisión de los gobiernos en la economía: “El Estado debería intervenir para poner en marcha el mercado de capitales. Por lo tanto la reforma de las empresas del sector público debería ser un instrumento para establecer y profundizar el mercado de capitales. Para empezar, las empresas del sector público que son lucrativas deberían venderse y tener un marco institucional necesario (incluido la inscripción como empresa privada) lo que les proporcionaría la capacidad necesaria para formar las reservas con base suficiente para un mercado de capitales. A su vez, la tesorería del gobierno debería cortar la financiación de los programas de inversión de dichas empresas una vez éstas formen parte del mercado de capitales. Al mismo tiempo las empresas deberían emitir bonos en el naciente mercado de capitales como un medio para ir diluyendo la propiedad. Con el tiempo la participación del gobierno en las acciones de las empresas debería reducirse y el gobierno puede acelerar este proceso vendiendo sus existencias a los incipientes inversores públicos. El próximo paso del gobierno será implementar extremas reformas para convertir las hasta ahora ruinosas empresas públicas en rentables y aptas para su comercialización y subsiguiente participación en la bolsa nacional de valores. De esta forma el número de empresas que componen el mercado bursátil aumentará y la capitalización del mercado también”.

En su comentario sobre Kahn, Damoni Kitabire (Capítulo 8) informa que a finales de la década de los noventa, tanto el banco central como los bancos comerciales de Uganda apoyaron la emisión de obligaciones del gobierno a largo plazo. El Banco de Uganda quería crear una curva de rendimiento como punto de referencia con el fin de promocionar el crecimiento del mercado de capitales y estimular la

emisión, por parte del sector privado, de bonos a largo plazo. Por su parte los bancos comerciales esperaban alcanzar beneficios con alta tasa de interés por medio de títulos del Estado a largo plazo y bajo riesgo. Sin embargo, el ministerio de finanzas de Uganda, para quién trabaja Kitabire, mostró alguna preocupación acerca de la emisión de bonos del gobierno a largo plazo. Varias son las razones que provocan esta preocupación. Primero: el establecer una curva de rendimiento requiere de un número mínimo de inversores compitiendo en el mercado de valores a largo plazo para desarrollar un mercado que funcione (Uganda todavía adolece de esa cantidad mínima). Segundo: los beneficios de los bonos del gobierno son mayores que los de las letras del tesoro, reflejando la prima exigida en valores a largo plazo, por consiguiente la introducción de bonos aumentará el coste presupuestario de la partida destinada al uso de liquidez. Tercero: la emisión de bonos del gobierno excluye a los emisores de bonos del sector privado lo que daña la inversión productiva de la economía del país. Cuarto: seguidamente de la emisión de bonos, una tercera parte de la deuda interior de Uganda alarga su plazo de pago, lo que conlleva un aumento del riesgo de renovación (especialmente en el caso de reducirse la cantidad de ayuda al desarrollo). Debido a todas estas inquietudes, Kitabire advierte de que los países africanos del Subsahara deberían vigilar con cuidado el desarrollo del mercado de bonos. Afirma que la emisión de bonos del Estado sólo tiene sentido cuando tanto el número de instituciones financieras que soportan una deuda a largo plazo (como en el caso del sector de las pensiones privadas) como el número de inversores que participan en el mercado de valores a largo plazo se incrementa. De otra forma no habrá mercado que funcione ni curva de beneficio fidedigna.

Los retos al desarrollo de infraestructuras

Benno Ndulu, Lolette Kritzinger-van Niekerk y Ritva Reinikka (Capítulo 9) aclaran que los OMD están bien planteados pero que de alguna forma eluden la importancia del crecimiento de la economía, ya que, antes que nada el Subsahara africano necesita un rápido crecimiento. Identifican cuatro motivos que ralentizan el crecimiento de esta zona: (1) Poca acumulación de capital, (2) precios altos de los bienes de inversión para los inversores africanos, (3) baja productividad de la inversión, (4) desventajas geográficas. No voy a resumir todo su comentario de estas cuatro cuestiones problemáticas, sino que me voy a

centrar en la fragmentación geográfica del Subsahara africano, al que ellos han prestado una considerable atención. Como bien apuntan, esta partición geográfica reduce sustancialmente la posibilidad de crecimiento a través del uso de economías de escala. “El Subsahara africano está fragmentado en 48 pequeñas economías con una media de 3 billones de dólares de PIB. Un gran número de estos países no tienen salida al mar donde habita un 40% de la población subsahariana”, dicen Ndulu, Kritzinger-van Niekerk y Reinikka. Las consecuencias de esta fragmentación deriva en mayores costos de producción y comercialización (tanto entre ellos como con el resto del mundo), desventajas de un mercado troceado por los efectos negativos de una división étnica en parte acentuada por la división de soberanías.

Habiendo examinado las desventajas geográficas como limitaciones para el crecimiento de los países africanos, Ndulu, Kritzinger-van Niekerk y Reinikka apuntan a la mejora de las infraestructuras como el principal reto del Subsahara africano. Los autores recalcan que las infraestructuras no significan únicamente un aporte al crecimiento y al mercado, suponen también un aporte a la reducción de la pobreza disminuyendo el coste del acceso a unos servicios sociales de calidad. “En su sentido más amplio, la cuestión no es elegir entre infraestructuras y otros sectores sociales, sino invertir en infraestructuras para una mejora social”.

Los autores también argumentan la importancia de la cooperación e integración regional. “La integración regional ayuda al crecimiento y a las infraestructuras y viceversa. Es factible adentrarse en las desventajas geográficas africanas y dirigir las necesidades de financiación enfocando la solución en cada región o estado”, afirman.

Charles Abuka (Capítulo 10) está de acuerdo con Ndulu, Kritzinger-van Niekerk y Reinikka en que el problema con las carreteras, vías férreas, puertos, transporte aéreo, energía, telecomunicaciones y otras infraestructuras son los temas clave que inhiben el crecimiento de la economía africana. Pone como ejemplo que más del 50% de la cosecha se pierde en muchos lugares de este vasto continente porque los agricultores no tienen un lugar para el almacenamiento posterior y no disponen de los medios para llevar sus productos al mercado. Otra infraestructura imprescindible es la energía eléctrica, disponer de suficiente y de suministro continuado para moverse con rapidez hacia la producción basada en recursos y el procesamiento de los bienes así como el establecimiento del comercio de servicios. África tiene el menor margen de electrificación de todo el globo, observa Abuka, sólo

el 23% de la población africana tiene acceso a la electricidad. Otras de las infraestructuras todavía altamente inadecuadas son las referentes a las tecnologías de la información y comunicación. Aparte de desarrollos alentadores en Botswana, Mauritius, Namibia, y Sudáfrica, las regiones africanas van muy por detrás de otros países en el uso de las modernas tecnologías de la información. El uso limitado de la información tecnológica es causado por un inadecuado, deficiente y muy caro servicio de telecomunicación.

Abuka apunta que el comercio ha sido el conductor clave del crecimiento de la economía durante los últimos 50 años en los países ricos de Occidente y en algunos países en vías de desarrollo, particularmente en Asia. Los países asiáticos han utilizado el comercio como vía para entrar en los nuevos mercados y cambiar la cara de sus economías. Pero este no ha sido el caso de los países africanos. En las tres últimas décadas se han estancado, lo que ha provocado un colapso en su participación en el comercio mundial que ha pasado desde el 6% en 1980 hasta cerca de 2% en el año 2002. Regiones más competitivas y dinámicas han avanzado substancialmente en su industrialización. De nuevo África se ha quedado atrás y la labor de ponerse al día va a ser ardua.

Abuka se centra en que África necesita con urgencia, y de manera sostenida y coherente, una inversión de gran envergadura en transporte y en sistemas de telecomunicaciones, una estandarización de los trámites legales entre fronteras y el establecimiento y fortalecimiento de las instituciones para mejorar el funcionamiento de los mercados y agilizar el flujo de mercancías y bienes. Incrementar el volumen del mercado produciendo suficientes bienes con la calidad y el precio adecuados permitirá a los países africanos penetrar nuevos mercados y crecer en un 7% para el final de esta década, manteniendo este crecimiento posteriormente. África debe superar los obstáculos que desalientan la inversión para liberar su pujanza emprendedora. Abuka concluye que el desarrollo de las infraestructuras adecuadas es un tema crítico y que la integración regional puede jugar un papel vital en la resolución de problemas que son comunes en un gran número de estados africanos.

Los retos de la integración regional

El capítulo que aborda Mothae Maruping (Capítulo 11) es el único que trata de los retos que deben proponerse para alcanzar la integración regional. En él, Maruping aborda los logros, las experiencias, los retos y el camino hacia la convergencia macroeconómica que constituye una

de las claves de la integración regional. Al revisar «los sueños y realidades» de los diversos intentos para la integración regional africana, este autor observa que los resultados no han satisfecho las expectativas. “A pesar de la existencia de los ya mencionados bloques africanos, que disponen de secretarías y celebran habituales reuniones técnicas y ministeriales, así como cumbres de líderes de estado y de gobierno, hasta ahora, los intentos para la integración africana han tenido consecuencias limitadas. Probablemente porque la realidad poco tiene que ver con los ideales que se adoptan en los tratados, protocolos y protocolos de intenciones. En este sentido, el grado de integración sigue siendo muy superficial.”

Como respuesta a las lecciones aprendidas, Maruping plantea un conjunto de retos y oportunidades. El primero consiste en erradicar la costosa duplicación de bloques con múltiples miembros y racionalizar algunos sub-bloques regionales que se solapan entre sí. El segundo consiste en asegurar los compromisos más allá de la retórica política entre los países miembros de los diversos bloques sub-regionales para la aplicación de los tratados y protocolos. El tercero, reforzar la capacidad técnica para llevar a cabo estudios de costes y beneficios y asegurar un reparto justo y equitativo de los costes y beneficios de la integración. El cuarto reto consiste en proporcionar los recursos económicos y técnicos necesarios, en parte con la implicación del sector privado a nivel internacional, regional y nacional, en todas y cada una de las fases de la integración. El quinto es el desarrollo, la armonización y la integración de los mercados financieros nacionales y regionales, medidas entre las que se incluirían la eliminación de barreras y la reducción de riesgos que afecten al libre tránsito de mano de obra y de capital, por ejemplo, inversiones entre países fronterizos e inversión extranjera directa (IED). El sexto reto es reunir de forma eficaz los recursos y conocimientos técnicos para así hacer frente a los retos regionales comunes como las infraestructuras, las formas de gobierno, el género, el VIH/SIDA, la paz, la seguridad y la prevención de conflictos. El séptimo desafío consiste en reforzar y capacitar a las instituciones que implementan y supervisan la integración tanto a nivel regional como de cada país. El octavo reto supone aplicar geometría y velocidad variables que se adecuen a las diversas circunstancias y dificultades a las que se enfrentan los estados miembros y los sectores; éste es un enfoque pragmático que ha funcionado de manera eficaz en la Unión Europea.

En realidad, la lista de retos es casi interminable y está claramente inspirada en la experiencia europea ante sus intentos para la integración.

Maruping concluye que la integración regional sigue siendo una parte decisiva para la estrategia del desarrollo de África. Desde su punto de vista, la era de diminutas economías nacionales aisladas debe dar paso a alianzas estratégicas que permitan que estas economías se beneficien por completo de las ventajas de la integración regional. Tales esfuerzos para la integración sólo cosecharán éxitos, recalca Maruping, si hay “mayor decisión, rapidez y eficacia a la hora de traducir las buenas intenciones en acciones concretas que se puedan implementar, controlar y que estén dirigidas a la obtención de resultados.”

Por otra parte, Zdeněk Drábek (Capítulo 12) se pregunta si los diseñadores de política del África subsahariana son lo suficientemente conscientes de los factores que impiden una convergencia macroeconómica exitosa. Según él, hay tres factores que lo impiden. El primero es la presencia de graves perturbaciones en el mercado de productos e intermediarios financieros o en las políticas, que no permiten que dichos mercados funcionen con eficacia. El segundo de los factores consiste en que los países suelen tener distintos costes de ajustes; la pregunta que cabría formularse es cómo se financiarán estos costes y quién lo hará. El tercer factor es el hecho de que las distintas velocidades dan lugar a distintos costes de ajustes. Drábek, asimismo, lanza la pregunta de si los encargados de desarrollar las políticas en el África subsahariana pueden comenzar con un proceso de convergencia macroeconómica antes de abrir sus mercados y qué tipos de regímenes comerciales interiores deberán adoptar. “¿Debería dirigirse esta convergencia hacia los países de la zona, a pesar de que África mantiene la mayoría de sus relaciones comerciales y financieras con el resto del mundo? ¿Debería un país abrir sus cuentas de capital? ¿Cuáles serían las implicaciones por la gestión de políticas cambiarias, teniendo en cuenta que las condiciones macroeconómicas de los países del África subsahariana difieren entre sí?”

Drábek considera que el principal objetivo de los gobiernos africanos, no debería ser el alcanzar la convergencia macroeconómica, sino el ofrecer un ambiente macroeconómico que conduzca a una política comercial estable y a una balanza de pagos sostenible. “Estas medidas son, de alguna forma, diferentes de las ideas de convergencia macroeconómica, que resultarían excesivamente costosas, habida cuenta de las circunstancias actuales.”

Podemos observar la cautela del economista checo, Zdeněk Drábek, quien participó en la adhesión de su país a la UE (véase la biografía de Drábek en el apartado de Colaboradores), al advertir a su colega

africano (Maruping ha sido presidente de un banco central) de los riesgos de ser muy ambiciosos al aplicar medidas para la integración regional.

Retos internacionales: comercio y finanzas

Los cinco últimos capítulos del libro (Capítulos 13 al 17) exponen las limitaciones y los retos para el desarrollo de África. Cuatro de nuestros cinco autores abordan las limitaciones económicas y los retos globales, mientras que uno de ellos, (Stepehn Gelb) trata de los retos que plantea la inversión Sur-Sur. En este apartado, destacaré algunas de las muchas ideas que se presentan en esta última parte del libro. En un apartado final, presentaré las conclusiones sobre los retos para el desarrollo que los africanos y la comunidad internacional están abordando. Asimismo, volveré a las ideas y propuestas presentadas en los capítulos de Culpeper y, por otro lado las de Woo, Sachs y McCord.

Kamran Kousari (Capítulo 13) analiza a fondo las limitaciones a las que se enfrenta el África subsahariana en el ámbito del comercio internacional. Según una serie de estudios sobre el desarrollo de África de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo), Kousari observa que los países africanos siguen dependiendo de la exportación de mercancías como el café y el cacao para sus ganancias en divisas. La exportación de mercancías supone el 80% de los ingresos totales por exportación. Kousari destaca que la caída de los precios de las mercancías desde principios de la década de los ochenta ha sido un factor de gran importancia en el escaso rendimiento económico de los países africanos entre los años 1980 y 2000. Si los precios no hubieran caído, el índice de inversiones en países no exportadores de petróleo habría sido un 6% superior al año y el PIB per cápita habría sido un 50% superior al final de la década.

La política internacional de mercancías, según Kousari, no ha sido beneficiosa. De hecho, después de la deceleración de la economía mundial en la década de 1980, la comunidad internacional abandonó cualquier intento por estabilizar los precios. En su lugar, la confianza en las fuerzas del mercado pasó a un primer plano y los programas de ajustes exigieron el desmantelamiento de las instituciones estatales, responsables de la comercialización de mercancías y de la concesión de prórrogas y otros servicios a los agricultores. No han sido estos agricultores quienes han recogido los frutos de la liberalización en África, sino unas pocas empresas de los países ricos, que son quienes

ahora controlan la compra, el procesamiento y la distribución de los principales productos agrícolas de exportación.

En lo referente a las exportaciones de combustibles y minerales los países africanos no han tenido mejores resultados. Con el fin de revitalizar el sector extractivo en África, el Banco Mundial aconsejó la privatización y la liberalización del sector, además de la concesión de incentivos para así atraer capital extranjero. Para ello, los países africanos adoptaron reformas de gran alcance en su legislación minera, entre las que se encontraban la concesión de generosos incentivos fiscales que contribuyeron a la recuperación de la inversión en el sector y colocó al continente en el tercer lugar, detrás de América Latina y Oceanía. Sin embargo, África apenas ha obtenido beneficios de esta inversión. En Tanzania, por ejemplo, donde los ingresos por la exportación de oro aumentaron de menos de un 1% en la década de 1990 a más de un 40% en 2003, las seis principales compañías mineras han ganado alrededor de 890 millones de dólares en cinco años; de esta cantidad, el gobierno recibió menos del 10% en ingresos (impuestos) y royalties.

Según Kousari, las políticas de comercio exterior y las recomendaciones de instituciones como el Banco Mundial sobre las políticas con relación a África necesitan una profunda revisión. Los países africanos deberían poder dedicarse a desarrollar políticas industriales estratégicas que incluyan la liberalización selectiva y estructuras arancelarias diferenciadas, planes de regímenes de perfeccionamiento activo así como planes fiscales, créditos y otros incentivos a los exportadores. En las negociaciones de comercio internacional, los países africanos deberían disfrutar de la flexibilidad suficiente para ampliar el espacio de sus políticas y así adecuar todas aquellas políticas que den respuesta a sus planes nacionales de desarrollo.

Vivek Arora (Capítulo 14), miembro del FMI, se muestra de acuerdo con Kousari en que los incentivos fiscales discrecionales a las empresas mineras del extranjero sobrepasan los beneficios que éstas podrían traer, y de todas formas se instalarían en la región. “Además, estos incentivos fiscales discrecionales provocan un favoritismo de las empresas foráneas en contra de las empresas nacionales. Por ello, la aplicación de unas medidas igualitarias sería más beneficioso para todos”. Arora, no obstante, discrepa en que la liberalización del comercio haya dañado a los países pobres de África. Según él, ésta ha contribuido a un mayor crecimiento y a mayores ingresos per cápita.

Arora coincide con Kousari en la necesidad de doblar la ayuda a África, para darle así un mayor impulso a la financiación para el

desarrollo y que dicha financiación incluya la reducción de su enorme deuda. Sin embargo, respecto de las condiciones incluidas en los programas del FMI (el llamado “condicionamiento” del FMI), no se muestra de acuerdo con Kousari y otros críticos sobre estas condiciones. Según Arora, estas condiciones se pueden mejorar remodelándolas y otorgando mayor poder de decisión a los países africanos, entre otras medidas; sin embargo, considera que no hay que descartarlas, aunque sí cree conveniente que el FMI intente hacerlas más efectivas.

A este respecto, Matthew Martin (Capítulo 17) responde que la remodelación (mediante su recorte) del condicionamiento del FMI debería acometerse de una forma más tajante que la habitual. Además, recalca Martin, “los africanos necesitan diseñar sus propios sistemas de seguimiento y revisión de la calidad de sus políticas y no confiar en valoraciones externas sobre cuál es la política económica más adecuada que deben seguir.”

Otro autor, Adam Elhiraika (Capítulo 15) destaca que es esencial que África diversifique sus exportaciones y consiga mayor acceso a los mercados de los países ricos mediante la reducción de aranceles y otras barreras, así como mediante un tratamiento especial y diferenciado. No obstante, advierte que puede ser un peligro el que se espere que los países africanos se conviertan en actores principales de la economía mundial. De acuerdo con Elhiraika, un mercado continental integrado ofrecería a África mayores esperanzas para construir un sector manufacturero y diversificar su economía al margen de los productos primarios; ello requiere la eliminación de barreras comerciales dentro del continente y un refuerzo de las infraestructuras regionales.

Matthew Martin, por otra parte, apunta que los analistas, con frecuencia, asumen de manera simplista (debido, tal vez, a creencias erróneas e ideas preconcebidas) que un comercio más libre beneficiaría a África sobre otros países. Sin embargo, si todas las barreras y subsidios (en Europa y los Estados Unidos) se eliminaran, ¿sería África quien se beneficiaría? Según Martin, no, dado que África seguiría produciendo una escasa variedad de productos primarios y tendría problemas con su procesamiento, con la información de mercado, con el cumplimiento de las normas de los países desarrollados o de los compradores y con la infraestructura. En otras palabras, África no estaría capacitada para comerciar. Esto es, la comunidad internacional necesita continuar con los acuerdos especiales con los países más pobres mientras éstos desarrollan sus capacidades comerciales.

Otra asunción simplista que se hace con frecuencia, según Martin, es

que los beneficios del comercio llegarán a la población más pobre de los países en desarrollo. Que ello suceda es muy improbable mientras se sigan estableciendo injustos acuerdos comerciales dentro de estos países, tales como monopolios, monopsonios y la incapacidad de los productores pobres para acceder a los mercados.

Martin también hace hincapié en que la comunidad internacional debe acabar con todos los problemas que está ocasionando mediante la reducción tanto de barreras, como del proteccionismo, de los subsidios y la competencia desleal. Así pues, si la comunidad internacional de verdad se preocupara por el desarrollo de África, tendría que invertir de forma masiva para aumentar y mejorar la capacidad de África para comerciar, y asegurar el mantenimiento de acuerdos especiales con los países más pobres, a la vez que reformar la producción nacional e internacional y las estructuras de comercialización, de tal forma que se garantice que los beneficios del comercio realmente lleguen a los pobres.

Martin, por otra parte, critica las actuales prácticas de ayuda al desarrollo y argumenta que éstas resultan insuficientes para la inversión pública, para el crecimiento y para alcanzar los OMD; además de denunciar la baja calidad y poca efectividad de las ayudas, critica que la estructura (“arquitectura”) mundial para la ayuda al desarrollo es sumamente inadecuada. Recalca, además, que la comunidad internacional debería doblar las ayudas a África (de 25 mil millones de dólares a 50 mil millones) de manera inmediata y no gradualmente a lo largo de los próximos cinco años.

En lo que se refiere a los flujos privados, Martin resalta que la comunidad internacional debería fomentar el aumento de los flujos externos, pero sin tratarlos como la panacea. “Con frecuencia, se piensa que la inversión extranjera directa (IED) podría solucionar los problemas de desarrollo en África. Sin embargo, muchas regiones, y de hecho África es una de ellas, han padecido crisis financieras como resultado de entradas de capital privado volátil que se convertían por sí mismas en salidas de capital. Por ello, necesitamos impulsar no sólo la cantidad de flujos sino, sobre todo, que éstos sean de mayor calidad, con menos deuda y más equidad, más estabilidad y menos volatilidad, con una mejor evaluación de los riesgos para reducir los altísimos retornos de inversión que exigen los países, e invirtiendo en sectores y regiones de baja inversión. África y sus socios internacionales necesitan diseñar y dirigir los tipos de inversión y fomentar la inversión en infraestructuras públicas para facilitar los flujos privados (evitando las asociaciones público-privadas de alto coste).”

Martin, apunta, finalmente, que la comunidad internacional debería implementar las convenciones anticorrupción, seguir las pistas de evasión de capitales y lavado de dinero, repatriar los fondos robados y fomentar las remesas hacia adentro.

Stephen Gelb (Capítulo 16) señala que, durante los diez últimos años, se ha producido un rápido incremento de las inversiones extranjeras directas Sur-Sur. Los flujos Sur-Sur se incrementaron de 4,6 mil millones en 1994 a una media de 54,4 mil millones entre 1997 y 2000, equivalentes a un 36% del total de las entradas de flujos de IED a las economías en vías de desarrollo en el último período. Los flujos de IED hacia África desde otros países en vías de desarrollo se han incrementado como parte de una tendencia más amplia con dos fuentes principales: Asia y Sudáfrica.

Desde mediados de 1990, se ha producido un incremento masivo en la inversión desde China, La India y Taiwán hacia el África subsahariana. Las empresas de estos países invierten en una gran variedad de sectores, tanto de servicios (servicios informáticos y bancarios) como de manufacturas, entre los que se encuentran el sector del automóvil, del acero y las farmacéuticas. La segunda fuente más importante de la inversión Sur-Sur hacia el resto de África es Sudáfrica. Desde el advenimiento de la democracia en 1994, se ha producido un rapidísimo movimiento de compañías sudafricanas por todo el continente.

Ahora bien, para el desarrollo económico de África, ¿qué significa la entrada de inversores extranjeros desde otros países en vías de desarrollo? ¿Es distinta la inversión Sur-Sur de la inversión Norte-Sur? Si así fuera, ¿de qué manera? Para resolver todas estas preguntas, Gelb distingue entre las inversiones externas en busca de mercados y la inversiones en busca de recursos. Aunque estas investigaciones carecen aún de respuestas definitivas, Gelb cree que la IED en busca de mercados es probable que aumente el alcance y la calidad de los bienes y servicios disponibles para las empresas nacionales y para las economías familiares. En cambio, la inversión en busca de recursos (especialmente productores que buscan mano de obra barata) posiblemente tenga repercusiones en el fomento del empleo y las exportaciones.

Gelb señala un interesante efecto positivo de la IED que, a menudo, pasa inadvertido: la inmigración de emprendedores asiáticos en África. De hecho, guarda relación con las ideas que sostiene Percy Mistry en su crítico artículo sobre los OMD. Gelb indica que “las empresas asiáticas suelen utilizar un gran número de directores y supervisores expatriados para sus inversiones en el extranjero, y estos individuos a menudo

abandonan a sus patronos para instalar sus propias empresas en los lugares donde se encuentran. En China, Taiwán o La India, las amplias perspectivas que se ofrecen en el extranjero a quienes aspiran a ser emprendedores, constituyen un incentivo para dejar sus países de origen, donde sus oportunidades se encuentran más limitadas”.

Estas observaciones de Gelb me recuerdan lo que me comentó una vez Percy Mistry cuando estuvimos debatiendo la integración regional guiada por las políticas y por el mercado en Europa y el Sudeste Asiático respectivamente: “no olvides que la comunidad china que vive en el extranjero ha sido la fuerza impulsora de la integración de Asia, guiada por las fuerzas del mercado.”

Gelb menciona otra notable ventaja de las inversiones Sur-Sur en busca de recursos; a su juicio, este tipo de inversiones representa un modelo de negocio menos corporativo y más informal que los occidentales; por ello, este modelo es habitualmente más apropiado para el contexto del país receptor. Por otra parte, dichas inversiones pueden dotar, a cada uno de los gobiernos de África, de mayor poder de negociación en sus relaciones con empresas multinacionales de países industrializados y, en general, con inversores foráneos, precisamente porque estas inversiones diversifican las opciones de los países de acogida y les otorgan más poder a sus gobiernos para negociar.

Según Gelb, no se ha demostrado empíricamente si en realidad se han logrado efectos beneficiosos de la IED del Sur. El instituto al que este autor pertenece (el instituto EDGE) va a llevar a cabo una recogida de datos en el ámbito empresarial de Sudáfrica, La India, Kenia, Tanzania y Uganda, para así evaluar las consecuencias del desarrollo experimentado tanto en las economías receptoras de los flujos de IED, como en las originarias.

De la pobreza al desarrollo

En el capítulo de Woo, Sachs y McCord (Capítulo 2), se resumen las falacias del Consenso de Washington que Woo ha expuesto en su anterior colaboración para otro libro de FONDAD, *Diversity in Development: Reconsidering the Washington Consensus* (Diversidad en el desarrollo: Revisión del Consenso de Washington, 2004). En esa misma obra, planteo en mi introducción que los funcionarios de los gobiernos y de las instituciones financieras internacionales tienden a no tener muy en cuenta los argumentos y propuestas de observadores críticos (ni de los de dentro ni de fuera de sus instituciones), pues saben

que, habitualmente, lo que cuenta no es la calidad de las ideas, sino los intereses a los que sirven. Es ésta otra noción simplista o idea preconcebida que, por desgracia, se revela con mucha frecuencia (aunque no siempre). Desde luego, no hay motivos para considerar que las buenas ideas, aunque sean *inviables*, sean menos importantes.

Muchas de las ideas que se presentan en este libro corren el riesgo de no llevarse a cabo o de ser adoptadas mucho más tarde de lo planteado. Por ejemplo, me temo que las sugerencias de Roy Culpeper, en el Capítulo 5, en el que afirma que la desigualdad es un asunto que debe abordarse con urgencia si verdaderamente quiere reducirse la pobreza en el mundo, tiene pocas probabilidades de ser adoptado ampliamente y con prontitud. En cambio, hay muchas más probabilidades de que los procesos e intereses que generan y alimentan la desigualdad se prolonguen. Pese a ello, los argumentos de Culpeper suenan convincentes; al menos para mí lo son. Sobre el capítulo de Woo *et al.*, Culpeper señala que las inversiones en salud y educación sí mejorarán las circunstancias actuales de los pobres y las perspectivas de sus hijos; sin embargo, apenas cambiarán las desigualdades existentes. Éstas sólo cambiarán si, al contemplar las ventajas reales, se va más allá de la salud y la educación. “En el contexto de un país pobre”, dice Culpeper, “hay que considerar cosas tales como reformas agrarias y la redistribución de las tierras. Es aquí donde empiezan a exaltarse los ánimos y cuando la gente empieza a ponerse nerviosa, dado que éstos son asuntos políticos y sociales sumamente sensibles. Sin embargo, estos son temas que no se pueden pasar por alto, si nuestro verdadero objetivo es lograr un impacto sobre los sectores más pobres de la sociedad”.

En lo que se refiere a la distribución de los ingresos, cree Culpeper que deben mirarse las estrategias que repercuten en el sector productivo. Refiriéndose a algunos de los análisis del capítulo de Woo *et al.* sobre la economía rural, Culpeper observa que la estrategia de los países del este asiático consistió en la protección del sector agrícola, medidas que en muchos casos perduran hasta hoy. Estas iniciativas se han visto traducidas en una distribución de precios e ingresos que han beneficiado a los pobres del campo y a los trabajadores rurales directamente – y el coste de la redistribución lo soportó la sociedad al completo. Sin embargo, las recomendaciones sobre políticas que se dan hoy en día a los países en vías de desarrollo no tienen nada que ver con la experiencia del este asiático, denuncia Culpeper. “Están planteados desde la perspectiva de que si el Norte suspende los subsidios agrícolas, entonces el Sur tendrá que abrir sus mercados a las importaciones agrícolas.

Tales proposiciones descuidan por completo los efectos negativos que este tipo de políticas de liberalización ocasionarían a los pobres y al sector agrícola del Sur.”

Por otra parte, según Culpeper, los OMD prestan poca atención a la pobreza dentro de la economía urbana. “Nuevamente, los OMD, tal y como están articulados, apenas dicen nada sobre la necesidad de empleos dignos. El empleo en el sector productivo es, con toda seguridad, la vía para escapar de la pobreza que tienen los habitantes más pobres de las ciudades; sin embargo, en los OMD y en las estrategias relacionadas con ellos, este hecho apenas se nombra.”

Por último, Culpeper expone que la política fiscal tiene que desempeñar un importante papel. Observa que los sistemas tributarios actuales en los países en vías de desarrollo son, a menudo, regresivos, dependientes de las ventas y de los impuestos sobre el consumo y, en cambio, no dependen lo suficiente de los impuestos sobre los ingresos. “Parece ser la norma más que la excepción que, en muchos países en vías de desarrollo, las clases altas no paguen impuestos o paguen muy pocos, lo que indica una política distributiva muy regresiva. Por otro lado, es difícil diseñar e implementar una política de impuestos más progresiva. Los impuestos sobre los ingresos se encuentran administrativamente más allá del alcance actual de muchos países empobrecidos”. Además, los grupos más poderosos en los países en vías de desarrollo ejercen una fuerte oposición a los impuestos sobre ingresos, afirma Culpeper.

Mientras que Culpeper opina que las propuestas de Woo *et al.* no llegan lo suficientemente lejos, es muy probable que aquellos que están en el poder (tanto en países ricos como pobres) y en instituciones financieras internacionales como el FMI y el Banco Mundial consideren que algunas de las críticas y las propuestas políticas de Woo *et al.* son demasiado radicales. Por ejemplo, les resultará difícil estar de acuerdo con la afirmación tajante de Woo *et al.* de que las falacias del Consenso de Washington se aplican en su totalidad en el caso de África y que el mejorado Consenso de Washington de segunda generación (en el que se reconoce que no sólo son importantes los precios, sino también las instituciones) “sigue siendo, desgraciadamente, incompleto en sus recomendaciones para los países africanos”.

No obstante, resulta difícil que los encargados de establecer las políticas rechacen las alegaciones de Woo y sus colegas sobre cómo sacar a África de la pobreza. Las voces de Woo, Sachs y McCord resuenan en el fondo de la recomendación operacional básica del

Proyecto del Milenio de Naciones Unidas. Según este proyecto, cada país en vías de desarrollo con extrema pobreza deberá adoptar y aplicar una estrategia de desarrollo nacional que sea lo suficientemente ambiciosa para alcanzar los OMD. Los autores hacen hincapié en que los socios internacionales para el desarrollo de un país (incluidos los donantes bilaterales, las agencias de Naciones Unidas, los bancos regionales para el desarrollo y las instituciones de Bretton Woods) deberán aportar todo el apoyo técnico y financiero necesario para implementar la estrategia de cada país en cuestión. Creo que los diseñadores de política tendrán que estar de acuerdo con esta recomendación, ya que ellos mismos destacan la importancia de que cada país se sienta “dueño” (“country ownership”) de las políticas a seguir.

En el caso de África, la adopción de políticas propuestas por Woo, Sachs y McCord, así como otras de Culpeper y otros colaboradores de este libro, sin duda ayudarán a alcanzar el objetivo de ayudar a África a avanzar más rápida y efectivamente de la pobreza hacia el desarrollo.

Al mismo tiempo, como ya señaló antes de la publicación de este libro X.P. Guma, vicepresidente del South African Reserve Bank, “los asuntos debatidos en esta obra son de gran relevancia para las perspectivas del desarrollo, no sólo para el continente africano, sino para todos los países empobrecidos en general.”